

XV Premio Vila de l'Ametlla de Mar

En la muerte
como en el amor

Vicenç Ambrós i Besa

A los actores y actrices de series y películas de intriga,
y muy especialmente a Angela Lansbury.

Y a mis padres, Lluís y Mercè.

«Lo único que deseo para mi entierro
es no ser enterrado vivo».

Lord Philip Dormer Stanhope,
IV conde de Chesterfield (1694 – 1773)

El 27 de abril de 2007, en el transcurso de una agradable velada cultural, se hizo público el veredicto de la decimoquinta edición del Premio Vila de l'Ametlla de Mar de narrativa, que recayó en la versión original de esta novela. Con motivo del décimo aniversario de tal acontecimiento, he querido ofrecer la obra en formato electrónico y, aprovechando la ocasión, he incluido algunos retoques que entonces no pude efectuar. El cambio más destacable es, probablemente, el restablecimiento del nombre original de la protagonista, Elionor Amarils.

La primera versión de la trama quedó terminada en 2003, una referencia temporal que se desprende de la misma narración. Por este motivo, he incluido la coletilla «catorce años más tarde» en el título de la nueva secuencia que he incorporado al final de la historia.

Lluçà, 17 de abril de 2017

Episodio previo

La secretaria

Barcelona, madrugada del sábado catorce de diciembre de 2002

Estaba satisfecha. Era muy arriesgado, sí; quizás demasiado. Había puesto todas las cartas sobre la mesa, y lo sabía, pero eso no la preocupaba. De hecho, tampoco era del todo verdad que tuviera todas las cartas al descubierto: se guardaba una. La mejor. El as de copas. Y es que la víctima de su innegociable ofrecimiento no sabía hasta qué punto ella, Elsa Martí Damadeus, se la estaba jugando, entonces.

Se la jugaba con la conciencia tranquila y conociendo la esperpéntica realidad que carcomía la imagen de la familia ejemplar del hombre para quien trabajaba. «La verdad es que resultaba cómico», pensó. Seguramente el funeral sería memorable. «Sobrecarga de personajes, solemne traslado a la cripta, hipocresía refinada, petulancia a espuestas y mucho, mucho teatro».

Elsa levantó la mirada para contemplar el alumbrado navideño. Si las circunstancias lo exigieran, huiría lejos. Su hermana, desde Estrasburgo, la ayudaría. De todos modos, sería absurdo irse ahora. Lo tenía todo planeado y controlado. La información es poder. Bien administrada, por descontado, pero es poder.

Contuvo un suspiro y se recogió la manga izquierda del abrigo. Pasaban de las doce y media, pero tenía tiempo de sobra para llegar a la Plaza Universitat, buscar el bar convenido y sentarse ante un combinado exótico. O quizás de una cerveza espumosa, o de un whisky escocés. Cualquier bebida reconfortante.

Se encaminó hacia las Ramblas a paso ligero. Habría podido tomar un taxi, pero a horas tan intempestivas sólo circulaba alguno de vez en cuando y casi siempre ocupado.

Las otras personas que salían del teatro, o casi todas, iban en pareja. Elsa sonrió. En un día como aquel, le resultaba mejor ir por su cuenta. Él no la hubiera dejado actuar. Ahora que el azar le brindaba la posibilidad de obtener dinero fácilmente necesitaba, más que nunca, libertado de movimientos. La recta moral de quien tanto apreciaba solo habría obstaculizado su camino. Tantos años

trabajando en aquel despachito de apariencias no le habían llenado la vida, y menos aún la cuenta corriente.

Ahora por fin todo eso había acabado, y para siempre. Su jefe estaba muerto, y sólo ella sabía el cómo, el porqué y, sobre todo, el gracias a quien

No le había pedido mucho dinero. Sólo un pellizco, poca cosa, para ir tirando. De momento. Mucha cantidad, de golpe, se notaría demasiado. Y quizás no se la podría permitir. En cualquier caso, aquella Navidad brindaría por primera –y única– vez a la salud, o mejor dicho, a la memoria de su superior. «Él criando malvas y yo descansando. ¡Ya tocaba! Nunca hubiera dicho que le acabaría dando las gracias».

–¡Hey, tío! Mira que par de piernas.

Dos hombres altos y de aspecto descuidado se le acercaron. Uno de ellos medio arrastraba un abrigo oscuro, llevaba la corbata floja y el botón del cuello desabrochado. El otro vestía una americana llena de manchas rojizas y unos pantalones claros, arrugados y sucios pero de corte moderno y elegante. Ambos llevaban la camisa por encima de los pantalones y desastrada, y un intenso hedor a alcohol delataba su estado.

–¿Te vienes con nosotros, guapa?

–No te aburrirás; tenemos un par de herramientas de lo más juguetonas.

Y se rieron estúpidamente, sujetándose el uno con el otro.

Elsa los contempló con una mueca de asco y les lanzó:

–¡Buscaos las putas en casa, imbéciles! ¡Dejadme en paz, a mí!

Y sin pensárselo dos veces, se esfumó rauda de aquel lugar.

Se detuvo unos minutos más tarde, resoplando. Decidió descansar un rato bajo la luz resquebrajada de una farola solitaria. Miró de nuevo el reloj y se dijo a sí misma que le sobraba tiempo para llegar, a la hora pactada, al lugar convenido.

El problema no era este. El problema era el ambiente de aquellas calles, los desvíos y la estrechez, la mala iluminación, el aire denso y maloliente, los pasajes sin salida que la confundían, la gente que vagabundeaba, las jeringas abandonadas... En fin, la sombra nocturna de la civilización. La otra cara de las grandes urbes.

De repente, alarmada, se dio cuenta de que a poca distancia de los pies había una mano enguantada. De poco que no la pisa. Seguro que el vagabundo, dormido dentro de un fajo de cartones, le habría espetado algún taco en el mejor de los casos.

Dio un paso adelante, encendió un cigarrillo y reanudó la marcha. Pero entonces una nueva inquietud la sorprendió. Era una desazón extraña, un malestar, una sensación rara, no de miedo, no exactamente de miedo, sino de sentirse observada.

Creía que alguien la seguía, y eso la incomodaba.

Era una tontería, por supuesto. «¡Ni que fuera una película!», pensó. ¿De hecho, por qué alguien la querría seguir? Se lo imaginaba, por supuesto, pero quizás se calmaría si...

Giró la vista, y nada. Sólo el vagabundo que dormía.

Avanzó un poco más, un par de metros. Aquella sensación no se desvanecía. Persistía en el silencio húmedo y frío que la rodeaba. Exhaló una burbuja de humo y miró de nuevo atrás, por encima de su hombro derecho.

Justo entonces, alguien le puso la mano en el otro hombro.

Primera parte

El reto

Toma la palabra Elionor Amarils

Si de algo estoy segura es que no olvidaré aquella historia mientras viva. Quizás porque fue mi segundo contacto directo con la actividad forense, pero yo añadiría otro motivo bastante más consistente. Me refiero al, digamos, laberíntico grado de complejidad por el cual discurrió la trama.

Aceptar el reto fue, y todavía lo sigo admitiendo, demasiado precipitado viniendo de mí. Tampoco querría dar a entender que todo aquello me ocasionara una incomodidad visceral: simplemente es que muy pocas veces me he dejado convencer con tanta facilidad por Gala, mi hija. Ella misma lo puede constatar. Supongo que acepté porqué el subconsciente –o quizás mi ego– me lo pedía a gritos. En otras palabras: necesitaba adentrarme en otra experiencia detectivesca.

Con cincuenta años por detrás y una trayectoria docente que me había conducido a ocupar una cátedra de Historia del Arte, tuve el deseo vital de detenerme, tomarme un respiro y, sobre todo, dedicarme tiempo.

Pero no me fue posible estrenar el año sabático con absoluta tranquilidad, ya que me corroía un insidioso pesar. Había dejado la dirección del departamento en buenas manos, lo sabía, y tenía la convicción de que todo iría sobre ruedas. El caso era, sin embargo que no me resultaba nada fácil desconectar del todo.

Cuando aquella tarde Gala, abogada y detective colegiada, me propuso que la ayudara en unas investigaciones que le acababan de encargar, tuve al menos la osadía, la prudencia y la sensatez de preguntarle «para qué». Aún recuerdo, palabra por palabra, la respuesta que me dio: «necesito alguien de tu edad para que pueda interpretar el papel de amiga personal de la baronesa de Ubach¹».

Aunque no soy una asidua lectora de las revistas del corazón, conocía algunos detalles biográficos de aquel pomposo personaje. Patricia Inmaculada Tadeus y de Ubach, sexta baronesa de Ubach, era una adinerada viuda que, dicho así, parecía sacada de una barroca novela del Romanticismo. El título nobiliario y los bienes raíces constituyeron la herencia de sus padres, los antiguos barones de Ubach; por el contrario, las acciones y las sociedades financieras las había heredado de su difunto marido, Giannis Matsoukis, un empresario de origen griego.

Él había sido, de hecho, la razón por la cual la aristócrata había decidido acudir a mi hija. El buen hombre había fallecido cinco meses atrás en un contexto

¹ Pronúnciese [*Ubac*].

discreto y de absoluta normalidad. En principio, la causa del deceso había sido natural, incluso previsible si se tenía en cuenta el historial médico del difunto. La viuda, sin embargo, no admitía la versión oficial, y afirmaba que alguien había provocado el ataque cardíaco que acabó con la vida a su esposo.

En el momento de la muerte, sólo había tres personas en la casa. Estaba la secretaria, que ultimaba algunos asuntos en el despacho de la planta baja del edificio. También ella misma, la baronesa, que disfrutaba de un hidromasaje en el baño ubicado a pocos metros del dormitorio conyugal, situado en el primer piso. El dormitorio fue, precisamente, el lugar donde la esposa encontró muerto al barón.

Y sólo un día y medio más tarde, la madrugada del sábado catorce de diciembre de dos mil dos, murió apuñalada y sobre el asfalto de un callejón lóbrego de Barcelona la desgraciada secretaria, Elsa Martí Damadeus.

¿Había presenciado algún acontecimiento relacionado con la muerte de Giannis Matsoukis, tal como suponía a la baronesa? Si era así, ¿cabía sospechar de los familiares, dado que pudieron acceder a las llaves y ninguna cerradura había sido forzada? Muchas preguntas clamaban respuesta, y por este motivo Patricia Tadeus había decidido recurrir a los servicios de un detective privado. Pero mi hija tenía otros asuntos entre manos, en principio bastante más peligrosos o arriesgados que este, y me propuso que la ayudara en esta labor. Una sugerencia que la cliente aceptó sin pensárselo mucho.

La premisa o el motivo de la oferta de mi hija era simple y evidente: según ella, la mejor manera de rastrear un campo de batalla es penetrando en sus trincheras. Por eso acordamos con la señora Tadeus, viuda de Matsoukis, que pasaría con ella el verano de aquel año. Representaría el papel de amiga reciente y así conocería los miembros de su reducida y peculiar familia, ya que todos juntos íbamos a convivir en aquella segunda residencia que recibía el apropiado y descriptivo nombre de Casa del Norte.

Aquel veintinueve de junio era el último domingo del mes, la fecha a partir de la cual los barones de Ubach –entonces ya sólo la baronesa– iniciaban sus monótonas vacaciones de verano.

El viaje de Barcelona a la Casa del Norte fue, en pocas palabras, un auténtico infierno. Al llegar a la finca tenía la sensación de haber dado, por lo menos, media vuelta al mundo. En más de una ocasión me tentó la idea de pedir a Ángela, la secretaria y chófer de Patricia –a quién ya tuteaba tanto por comodidad como para simular una auténtica amistad–, que parara el vehículo.

El problema no era ni la carretera ni el viaje en sí. Lo que me mareaba y me torturaba hasta la médula era la verborrea inagotable de aquella figura corpulenta y de estatura ordinaria, con los ojos claros, el pelo teñido de rojo, la cara redonda

y el pose militar. Extremada en el vestir, le gustaba también cargarse de joyas y gastaba un perfume sofocante que me recordaba el insecticida con aroma de limón que mi madre solía comprar cuando llegaba el buen tiempo.

El olor, sin embargo, ilustraba de qué talla era la personalidad de la baronesa. Intransigente, despótica, decidida, egocéntrica, fisgona, impulsiva, magnánima, crítica, incisiva, aguda y perspicaz, aunque psicológicamente desordenada. Y es que resultaba difícil, a menudo imposible, encontrar nexos de coherencia que interconectarán las ideas que disparaba con una facilidad inusitada.

De vez en cuando, yo asentía condescendiente. ¿Qué más podía hacer? La única opción posible era escuchar. O hacerlo ver, al menos, por simple cordialidad.

Siendo como fue un monólogo extenso, tedioso y consistente, consiguieron un instante de exclusiva dedicación cada uno de los cinco parientes de Patricia. Aunque sería imposible reproducir con absoluta fidelidad las palabras que pronunció, procuraré exponerlas con tanta exactitud como recuerde.

—... ¡Y está tan difícil, eso del servicio! Yo todavía he tenido suerte, porque Rosa y Mercè son buenas mozas, y como trabajadoras debo admitir que no se duermen. Bueno, Mercè saca el polvo sin fijarse demasiado, ya me entiendes, y a Rosa mejor no dejarla sola lavando los platos. Sin ir más lejos, la semana pasada rompió una tetera de porcelana que era toda una reliquia familiar.

»¿Pero te hablaba de mi cuñada, verdad? ¿Te había explicado algo, de ella? Se llama Victoria y debe tener unos cincuenta años. Ella te dirá menos, por descontado, pero no le hagas demasiado caso. ¡Pobre mujer! Mi hermano tuvo la desfachatez de morirse un año después de la boda, y desde entonces se ha convertido en una viuda solitaria, rancia y amargada. No tuvo hijos y... Uy, por cierto, Ángela; ¿has llamado a las muchachas para decirles a qué hora llegaremos?

Un prosaico «Sí, señora» resonó por un instante dentro del coche, aportando un descanso puntual que agradecí con sinceridad.

—Pues, cómo decía, no tuvo hijos —prosiguió, impetuosa como un temporal de verano—. Dos de los tres sobrinos que tengo son hijos de una hermana mía y de su esposo, que Dios les haya perdonado. Y el tercero es hijo de otro hermano mío, que también estiró la pata junto con la pérfida mujer que tenía por esposa. Los enterramos en el cementerio que hay cerca de la cripta familiar. Porque tenemos una cripta familiar, ¿lo sabías? Está cerca de los Pirineos, en el corazón del Berguedà, debajo de una capilla dedicada a Santa Clara.

»De todos modos, debo confesarte que no me acerco nunca a este lugar, y eso a pesar que Giannis hizo asfaltar la carretera que conduce a la plaza de la

iglesia. Hubo un pueblo, allí, pero ya no vive nadie y todo se hunde. ¡Es muy deprimente! Suerte que, cuando me lleven allí, será con mis patas por delante. Si no, me mataría la soledad. Yo quisiera que me incineraran y que lanzaran las cenizas al mar, pero con el tiempo he aprendido que no soy nadie para romper una tradición centenaria. Lo digo porque allí descansan los muertos de la familia, mi esposo incluido, que en paz descanse, desde hace ochenta o noventa años, como mínimo.

Dando por zanjada la cuestión de la cripta familiar, disparó sus críticas contra los siguientes de la lista, el triunvirato de jóvenes y ociosos sobrinos que tenía.

–El mayor de los tres, Xavier, es un mar de dudas. Salió clavadito a su padre. No ha pegado golpe en su vida, hace tres o cuatro años que estudia periodismo y lo único que sabe hacer es malgastar la paga mensual en inversiones absurdas. Su padre, mi hermano, murió pobre como una rata, y yo, qué remedio, tuve que tutelarlos desde entonces. A su favor, debo decir que es lo único de los tres que me escucha, aunque nunca me haga caso.

«Pero es que –pensé entonces–, por el solo hecho de sentarse a su lado, bien merece una buena recompensa».

–Los otros dos, Roger y Eva, son un poco más jóvenes. También estudian y son más activos que Xavier: él es entrenador de fútbol y ella es monitora de un grupo de recreo. Pero, igual que su primo, son pozos sin fondo. En dos días se ventilan la paga. Bueno, debería decir dos noches, porque la juventud de hoy, por lo que veo, hace como las lechuzas; duermen de día y salen de noche. Eso no pasaba, en mis tiempos. Las fiestas mayores se acababan a las doce. A veces, si era una ocasión especial y eras mayor de edad, se alargaban hasta la una o la una y media, pero no más.

»Eva –prosiguió–, ya la verás, es una chica rematadamente simpática y agradable. Pocos chicos se la miran una sola vez. Ella, por descontado, se aprovecha de la ocasión y se divierte con ellos, pero algún día tendrá un disgusto. ¡Se acordará de mis consejos, ya verás! Si no voy confundida, creo que estudia segundo de Administración y Dirección de Empresas.

»Roger, por su parte, estudia Económicas y es un apasionado de las motos. Consume la paga en piezas estúpidas que incorpora a la moto como si tuviera que ser el carramato de Frankenstein. No me extrañaría que el trasto marchara sin conductor. Además, él y sus amigos me estropean todas las pistas forestales, con eso del trial.

Dio una larga vuelta antes de exponer la opinión crítica del último miembro de la familia, una rica señora, de nombre Elvira Gracia Bernabè, viuda de un primo que ya no recuerdo ni cómo se llamaba.

–... Y Elvira, por su parte, tiene el mismo carácter que esta vecina de la que te hablo. Un ademán de niña risueña, simpática y despreocupada, porque todo lo ve de color rosa. Ahora bien, en cuestión de favores, encabeza las listas de preferidos. Todo el mundo la quiere como compañera y confidente, aunque... –hizo una pausa que consideré bastante significativa–. Bueno, no es que sea importante, pero a veces se pone a reír con una impetuosidad que me aturde. Debe ser por el llamado temperamento artístico.

»Pero –puntualizó–, y aparte de este defecto, es una mujer divertida, alegre y con buen gusto ¿Por cierto, te había comentado que se dedica a la pintura? De aquí viene la referencia al asunto del arte. Es una mera afición, nada más, pero una viuda que pasa de los cincuenta y que conserva una buena fortuna bien debe tener algún hobby para no morir de aburrimiento. Cuando la conozcas te caerá bien, y es que de todos es la única con quien puedes mantener una conversación agradable y coherente.

Elvira fue, sin lugar a dudas, la persona que salió más airosa del chubasco de críticas que descargó Patricia. Y todavía prosiguió, con su habitual irreverencia, analizando el perfil de personalidades tanto de la alta sociedad como del mundo artístico, político o empresarial.

Debían ser las once de la mañana cuando el tortuoso viaje se acabó. Ángela aparcó el coche en los pies de aquella masía que acogería, como cada año por aquellas fechas, a todos los familiares de Patricia Tadeus. He precisado «de Patricia Tadeus» porqué de la familia del difunto barón ya no quedaba nadie vivo.

Cerca del edificio, en un nivel inferior, había una bonita plaza enlosada rodeada de pinos. Ya había otro coche aparcado bajo un cobertizo cubierto con encañizado. Al vernos llegar, dos mujeres sentadas en un banco sombreado se alzaron con aires de protocolo. Al instante, deduje que deberían ser las dos criadas de Patricia.

–Buenos días –las saludó la baronesa tras salir del coche con aires de superioridad–. ¿Hace mucho, que os esperabais? Es que las carreteras están hechas un verdadero asco.

–No, señora. Acabamos de llegar, pero aguardábamos porque sin la llave no podemos entrar.

–Oh, sí, por supuesto; Ángela os la dará. –Y avanzando altiva unos pasos, ordenó:– Empezad por la cocina y continuad con el comedor. Hasta las dos, tenéis tiempo de sobra. Para comer, preparadnos algo ligero y fresco, ensaladas y pescado por ejemplo. Ah, y por cierto, Rosa: ¿puedes llevarnos algún cóctel o refresco? ¡Hace tanto calor!

–Discúlpeme, señora, pero yo soy Mercè, y sí, lo bajaré enseguida. Hemos comprado todos los comestibles que nos encargó. ¿Desea algo más?

–Deberé pedirlos que bordéis vuestro nombre en la solapa; siempre me confundo. Una cosa más: por la tarde le mostráis las habitaciones disponibles a la señora Elionor Amarils, y que ella misma escoja la que más le guste. Pasará el verano con nosotros, ¿sabéis? Es una reciente amiga mía. Quizás no tengamos mucho en común, ¿pero os acordáis, de la torcedura que sufrí hace tres meses? ¡Suerte que ella me socorrió! Y desde entonces, mira por dónde, cenamos juntas una vez por semana.

–O dos, Patricia –intervine.

–O dos, exactamente. Y como este año, sin Giannis, todo será diferente –añadió, afectada–, decidí invitarla. ¿Sabes? Estoy segura de que lo pasarás muy bien, aquí –y me guiñó el ojo.

Las dos chicas, con una expresión más bien de desinterés, se dispusieron a obedecer las órdenes. Pero no transcurrió ni un minuto antes de que una de ellas bajara la escalera saltando los peldaños de dos en dos. Una expresión de alarma se reflejaba su rostro y toda ella desprendía una gran excitación.

Casi sin aliento, gritó:

–La cerradura... la cerradura de la puerta, señora... Alguien... ¡alguien la ha roto!

–¿Pero qué dices, niña? –Se extrañó, reprendiéndola– ¿Estás segura?

–Y el aire es irrespirable, señora –añadió nerviosa. Mercè sí, ella ha entrado, pero me ha dicho... ¡ay!, me ha dicho que las viniera a buscar.

Ángela, Patricia y yo misma ascendimos a paso ligero por la escalinata, que culminaba en un esbelto y acogedor porche alrededor de la puerta principal de la casa. Después de cruzar el umbral, nos adentramos en el recibidor, donde todo permanecía cubierto de una tenue capa de polvo.

Un irritable hedor nos guio hacia la sala principal de la planta baja. Allí encontramos a Mercè, petrificada y muda de estupor contemplando el primer rellano de la escalera regia que presidía aquella cámara y que comunicaba con el primer piso.

Los vehículos de los Mossos d'Esquadra² y de los técnicos judiciales invadieron en pocos instantes el edificio, si bien la autoridad judicial se hizo esperar. Era domingo, y sólo había un único juez de guardia en la capital.

Cuando por fin la comisión judicial hizo acto de presencia, yo misma, acompañada de una inquieta Patricia Tadeus, recibimos la autoridad en el porche de la Casa del Norte.

El juez, Ricard Santasusana de Oriola, resultó ser un hombre joven, de aspecto decidido y mirada firme y confiada. Dirigía la situación con eficaz y contundente simplicidad, lo cual le confería una imagen de alguien muy seguro de sí mismo. A pesar de todo, no pudo evitar una palidez glacial y un gesto de consternación al ver el cadáver.

–Quizás no me podrán responder –admitió el juez, girándose de espaldas al cuerpo–, reconozco que cuesta identificar un cadáver en este estado, pero ¿podrían intentar hacer este esfuerzo?

Observamos de nuevo, y desde lejos, aquella masa fétida, vacía, deformada y putrefacta de la cual, al ser movida por los técnicos forenses, se desprendían espesos grumos de gusanos blanquecinos. Por los peldaños de la escalera había chorreado un líquido oscuro, ahora reseco, que contrastaba con la blancura de algunos huesos que se vislumbraban con absoluta claridad.

El cuerpo, encastado en una especie de sitial, permanecía cubierto con una tela azul por encima de la cual brillaban una multitud de lentejuelas de idéntico color. Ya entonces deduje que debería tratarse de un refinado traje de noche. En la zona de los pies, medio escondidos bajo la tela, se apreciaban unos zapatos altos del mismo tono azul que el vestido. Distintos elementos adornaban el cadáver. En especial, destacaba una alianza dorada, un ostentoso collar de perlas y, justo encima del pecho, un broche en forma de trébol de la suerte. El suave tono esmeralda y el perfil dorado hacían resaltar la piedra lila engastada en el centro. Todo en conjunto acentuaba, todavía más, la esperpéntica masa que, a pesar de causarnos náuseas, observábamos dando buenas muestras –lo admito– de hasta qué extremo llega la morbosidad humana.

² La policía catalana.

A pesar del repugnante contexto, parecía que se burlara de nosotros con aquel rictus intrigante de las calaveras, una especie de sonrisa sarcástica y escalofriante.

–Me resulta violento y extraño –respondió la baronesa, marcando las sílabas–, pero tengo la impresión... la rara sensación... de haber visto ese pelo.

–Debió de morir hace cinco o seis meses –informó el doctor Marcaus, el forense, mientras con un trapo húmedo desinfectaba una de las piezas que había utilizado–. Con toda seguridad murió a causa de unas cuchilladas; todavía se pueden distinguir un par de marcas en el tórax, por debajo del vestido, e incluso rozaduras en algunas costillas. Eso demuestra que la disfrazaron de tal guisa una vez muerta. Es lo único que puedo decirles, de momento. Trataré de hacer la autopsia esta tarde o mañana por la mañana, a más tardar.

–Seis meses... Pelo rubio... Muerta a cuchilladas... –recopiló la baronesa, en voz alta pero muy pálida– ¡Ahora caigo! ¡La secretaria! La secretaria que fue mi marido. Sí, hombre; se llamaba... se llamaba... ¡Elsa! Sí, eso: Elsa Martí no-sé-qué-más.

–¿Está segura, señora Tadeus? –Inquirió el juez.

Patricia estaba inquieta. Se la veía desconcertada, aturdida. Por un momento me pareció que incluso le temblaban las manos.

–Segurísima. Háganle la autopsia y lo corroborarán. O no, mejor aún; vean el nicho donde, en teoría, debería estar enterrada. Ya verán cómo no está –y volviendo la vista hacia el juez, remarcó enfática pero con voz trémula. Estoy segura, señorita: es Elsa Martí, la antigua secretaria de mi esposo.

–Bien, será mejor que nos vayamos a otro lugar –propuso el instructor– Querría hacerlas algunas preguntas.

Pero nos pararon justo antes de salir de aquella estancia.

–Señoría: lo hemos encontrado en el regazo del cadáver –y, con cuidado depositó un sobre y una rosa roja reseca por el paso del tiempo en las manos enguantadas del juez.

–Bien, lo estudiaremos –murmuró, quedándose el sobre y devolviendo la rosa al perito. Procurad que nadie más entre mientras retiran el cadáver.

La salita donde nos reunimos era más pequeña pero, a su vez, más acogedora que el comedor. Una portentosa chimenea, que debía ser muy agradable en invierno, presidía aquella cámara decorada con más sobriedad que el recibidor. Nos sentamos en las butacas que rodeaban el hogar, todos menos los miembros de la comisión judicial y las muchachas, que prefirieron mantenerse de pie.

Antes de empezar con las preguntas, el juez leyó, para sí mismo, el contenido del sobre que le habían entregado.

–En efecto –confirmó–, todo parece indicar que el cuerpo encontrado corresponde al de Elsa Martí, secretaria del difunto barón de Ubach.

–¿Lo dice en este sobre? –Se interesó Patricia.

–Señora baronesa –dijo el juez, sin responderle y mirándola con atención–, ¿ha recibido algún tipo de amenaza, últimamente?

Por primera vez la vi vacilar. ¿Se moría de ganas de decir que sí, de exclamar «¿Lo veis? ¡Ya os lo decía, yo!»». Pero balbuceó al responder –magnífica actuación– para no revelar el auténtico motivo de mi presencia.

–Bien, le diré que, quizás desde la muerte de mi marido, he sospechado que podía haber alguien interesado, ¿sabe? Alguien que quisiera borrar me del mapa. Y algunas cosas no encajan, claro está. La gata, por ejemplo, que corría por el pasillo del primer piso cuando encontré muerto a Giannis, a pesar de que la había enviado a la planta baja y había cerrado la puerta antes de irme al baño. Y después de morir esta chica, la secretaria, a puñaladas... ¿Pero por qué me hace esta pregunta? ¿Que en este sobre...?

El juez dudó un instante, pero al final optó por leer, en voz alta, el contenido de la tarjeta que había sustraído del interior del sobre.

–Como no veo ningún inconveniente, se lo leo: «¿Qué tal, Patricia? ¿Nerviosa, quizás? No me extrañaría, ya que alguien te quiere matar. Debes temer de tus familiares e incluso de Elena, aunque no esté en su sano juicio. Tienes demasiado dinero y te diré que, por mucho menos, hay quien arriesgaría su propia vida. El primero en caer fue el barón. Ella descubrió algo, y aquí la tienes. Pero ahora la historia acabará, porque te toca el turno a ti, querida Patricia. Ha empezado tu cuenta atrás».

Dobló la hoja respetando las marcas originales, la colocó dentro del sobre y dio la carta a un oficial, ordenándole que la llevara al laboratorio. Se sacó los guantes de látex, los puso en las manos de otro oficial y se dispuso, por fin, a prestar un momento de atención a la aludida en aquel escrito.

La vi pálida como si la sangre se hubiera desaparecido de su cuerpo. Demostraba con claridad que acababa de darse cuenta de la proximidad de aquello que sospechaba ella misma.

–Parece bastante evidente, señora Tadeus, que se trata de una amenaza contra usted. Hablaremos con calma, no se preocupe. Si quiere, de momento, puede retirarse. Y tómese un tónico; un dedo de brandy, por ejemplo. Creo que le sentará bien.

–Sí, supongo que será lo mejor. Disculpe... ¿Puedo llevarme a Rosa o a Mercè?

–Cuatro preguntas y podrán salir –respondió condescendiente, antes de verla salir de la habitación.

–Perdone, señorita –intervino el secretario judicial, un hombre de espalda ancha y casi dos metros de estatura–, pero ¿qué debemos hacer, con la rosa?

Y le mostró el desecado tallo, en cuya parte superior había un puñado de pétalos rojizos medio torcido por la marchitez previa al secado.

–¡Ah, sí! Bueno, si alguien me sabe dar una explicación...

–Las rosas aterciopeladas y rojas –respondió Rosa– eran... Bien, me había dicho que eran, sus flores predilectas.

–¿Quién se lo había dicho?

–Ella misma, Elsa.

–¿Se conocían, pues?

–Trabajábamos al servicio de los barones desde hacía tiempo –intervino Mercè, con un tono más enérgico.

Transcurrió un breve instante de silencio antes de que el instructor se dirigiera de nuevo al secretario.

–Gracias, Antonio. Que la lleven al laboratorio, a ver qué nos pueden decir. Una cuestión importante –reanudó, mirándonos fijamente–: ¿Quién es esa tal Elena que aparece mencionada en la carta?

–Se debe referir a la única hermana del barón, supongo –respondió Rosa. No conozco a nadie más de esta familia que se llame Elena.

–¿Y es verdad que no está en su sano juicio?

–Sí, de hecho, es el otro elemento identificativo –contestó esta vez Mercè–, sin embargo...

–¿Sí?

–Está muerta, ya. Murió pocos días después de fallecer su hermano.

El juez se mostró desconcertado. Frunciendo las cejas, preguntó:

–¿Y de qué murió, si se puede saber? Es decir, ¿la muerte fue, digamos, natural?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

